



PREGÓN
CENTENARIO COLEGIO DIVINA PASTORA 2017

Enrique Sánchez Collado

5 de Mayo de 2017. Capilla de Jesús Nazareno.

PREGÓN CENTENARIO COLEGIO DIVINA PASTORA 2017

Enrique Sánchez Collado

A mis padres y hermanos.

A mi cuñada y sobrinos Belén y Alfonso.

A mi gran familia y amigos.

A todos con los que han sido, son y serán parte del Colegio Divina Pastora.

A las Madres Religiosas Franciscanas de la Madre del Divino Pastor.

A la Beata M^a Ana Mogas Fontcuberta y a Dios que todo lo hace posible.

INTRODUCCIÓN

Buenas noches, quiero comenzar, como no, agradeciendo las palabras de Madre Antonia Herrera, como Superiora de la Comunidad de Religiosas de la Divina Pastora de Villa del Río, como compañera durante mi labor profesional en el centro y como amiga con la que comparto los momentos más sencillos, más difíciles y también los más alegres de mi vida.

Quiero dar las gracias a la Comisión del Centenario, por pensar en mí, y permitirme vivir este momento, ya desde ahora inolvidable.

Después de haber realizado el Pregón de Semana Santa de 2013 y el de nuestra Patrona: Ntra. Sra. de la Estrella Coronada el pasado año, afrontar un nuevo reto, como lo es el de pregonar 100 Años del Colegio Divina Pastora y 100 años de presencia Franciscana en nuestra localidad, supone para mi dar otra vuelta más de tuerca para escribir un tercer pregón en el que hay que decidir: qué quiero decir, cómo y de qué manera. Muchas ideas han planeado por mi cabeza, y he de reconocer que encontrar ese hilo conductor no ha sido una tarea fácil.

Allá por 1977 mis padres me llevaron al “Colegio de las Monjas”, recuerdo que mi primera clase fue el aula grande, hoy de psicomotricidad, de donde cada Viernes Santo vemos salir a Ntro. Padre Jesús Nazareno.

Aún en mi memoria, y aún en la pizarra la cuadrícula donde las señoritas Estrella y Mariela me enseñaron las primeras letras, las primeras frases que hoy se hacen pregón.

Cuando cumplí los 5 años los niños debíamos ir a los grupos: al cole Poeta Molleja y las niñas si podían quedar en el centro, ya que la enseñanza era segregada en aquellos momentos.

Tras esa ruptura, una de las primeras imágenes que tengo de las religiosas; era cuando mi hermana llevaba la típica bandeja de pestiños que mi madre hacía con cariño para regalar a nuestros maestros por navidad, y también cuando las niñas venían a los circuitos de educación vial, que de vez en cuando instalaban en los patios de los Grupos. Produciéndose el típico nerviosismo infantil de: "el enemigo de otro cole irrumpe en nuestro territorio".

Era habitual que las monjas pasaran por la puerta de casa, camino de la Estación, nosotros vivíamos en la Avda. Rafael Castro, y cuando lo hacían, yo recuerdo que gritaba con otros niños: "Fuera las monjas, fuera las monjas". Quién me iba a contar que años más tarde pertenecería a esta gran familia franciscana y que mi primer centro como docente sería el colegio que ellas rigen.

Cuando he contado esta anécdota a alguna de las madres superiores de la comunidad, o a cualquiera de las hermanas, me reía y les comentaba: "menos mal que decía fuera las monjas", si llego a decir: "viva las monjas...".

En torno a 1988, iniciándome en mis devaneos cofrades, establecimos gran amistad con Madre María Luz Sánchez Yusta, empezaron a gestarse lazos que me unieron a una forma de entender la vida y la educación.

Comencé a impartir grupos Anamo, a hacer de este colegio mi zona de confort. Fueron años inolvidables de encuentros, de confirmación, de mañanas de Domingo de Ramos en la capilla, de escapadas en secreto para ver el campanario o el camerino con el propósito de descubrir algún objeto antiguo en las

camaretas que los demás no conocieran. Fueron años de inicio de muchas historias, de muchas amistades que perdurarán para siempre. En una de las aulas de infantil sonaron las primeras notas del Coro Paz y Esperanza.

Llegó el 75 Aniversario y propusimos que la Apertura de los actos fuese en la calle, a así fue, la Divina Pastora presidió la Santa Misa en el dintel de la capilla y el pueblo se congregó para ver el encendido del alumbrado, ¡Quién diría que han pasado 25 años y nos encontramos en el mismo lugar!

Vinieron años de verdadera convulsión para el colegio, las reformas para adaptarlo a los nuevos estudios, las obras... conservo en la memoria una nochebuena que estuvimos montando hasta tarde el comedor para que las religiosas pudiesen cenar y volver a su casa ese día. Comenzaron mis escapadas veraniegas a los campamentos de Tablada durante 18 años vivenciando momentos que me marcarían para siempre. Y en septiembre de 1999, Madre Antonia Herrera me llamó para ser parte del claustro como profesor de Educación Plástica y Visual en una Secundaria recién implantada, misión que he llevado a cabo hasta el curso 2016.

Pero hoy no vengo para hablar de mí, quizá uno de los antiguos alumnos con menos estancia en el centro. Vengo Señor y a Ti me encomiendo, para ser capaz de Pregonar tu grandeza y la de tu Santa Madre a través de las Religiosas Franciscanas de la Divina Pastora en su Centenario.

SALUDA Y PRESENTACIÓN

Muy amigo y Sr. Cura Párroco-Consiliario de la Inmaculada Concepción.
Queridas Madres Religiosas Franciscanas de la Divina Pastora.
Presidentes y Hermanos Mayores de las Hermandades y Cofradías.
Excelentísimo Señor Alcalde de Villa del Río.
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.
Señoras y Señores, amigos todos.

Paz y Bien.

Hoy volví a preparar mi mochila para venir al cole, al Colegio de las Monjas, donde empecé mi formación para la vida: para ser buena persona y para educarme en la cultura y en la religiosidad que mis padres habían decidido para mí.

Esa elección que ahora muchos no entienden, esa libertad de optar por las personas y las instituciones en que tus progenitores creen. Esa predilección por un centro de ideal cristiano que ha educado a generaciones de villarrenses y que hoy en día tiene más que probada su reputación después de 100 años de historia, de trabajo y de misión franciscana en Amor y Sacrificio.

Rememoré mi primer día de clase en el Colegio Divina Pastora... Olores nuevos, gente nueva... y cómo no...conocer a mis futuros compañeros que, como yo, lloraban a moco tendido sin saber por qué, pero que lloraban y lloraban y si alguno no lo hacía, pronto se incorporaba sin la necesidad de un motivo evidente. Recuerdo el primer babi arrastrado por el suelo de la clase o pegoteado con toda clase de materia orgánica y en el que cualquier estudio biológico obtendría sus frutos. ¡Que ilusión la primera "plasti" para hacer serpientes, churros... las primeras ceras de colores que aún no me hacían adivinar mi futuro como licenciado en Bellas Artes! Recuerdo la llegada temerosa y a la vez ilusionante de los Reyes Magos y del Ratoncito Pérez.

Quizá cometamos el error de esperar a que pasen los años para descubrir la belleza de la niñez, quizá pretendamos ser mayores antes de tiempo y dejar de sentir el abrazo de tu madre cuando te sacaba liado en la toalla de la bañera o el beso de tu padre en las noches de fiebre o en los momentos de los típicos accidentes domésticos.

Os invito a no abandonar nunca el mundo de la fantasía y de la creatividad. Os invito a tener siempre presente vuestra infancia, y aunque físicamente el paso del tiempo vaya dejando su huella, mantener el corazón y la frescura de los niños. Os invito a vivir en un continuo "Carpe diem", y cuando la flaqueza o la tristeza aceche ser capaces de resurgir como el Ave Fénix, o como cualquier aventurero de los cuentos que nos leían a pie de cama.

Os invito sencillamente a SEGUIR SIENDO NIÑOS en un mundo necesitado de Peter Pan, Caperucitas, Bellas y Bestias, y Dragones y Princesas. Necesitado de niños jugando en la calle a las chapas o a las canicas, al balón y a la comba, necesitado de rodillas magulladas y puntos en la cabeza, necesitado de secretos y mentiras piadosas que conserven la ilusión infantil.

Laudato sii, o mi Signore
Por la creación entera, por el sol y por la luna,
por el viento y las estrellas, por el agua y por el fuego.

Laudato sii, o mi Signore
por los frutos, flores, hierbas, por los montes y los mares.

Laudato sii, o mi Signore
El sentido de la vida es cantarte y alabarte;
y que toda nuestra vida sea siempre una canción.

Laudato sii, o mi Signore
Porque todo el universo es un canto de alabanza,
hacia Ti, Creador del mundo, siempre alegres cantaremos.
Laudato sii, o mi Signore

Hoy metí en mi mochila cuadernos y ficheros de anillas, con hojas de una raya, de dos y de cuadritos, y en ellas escribí la vida de miles de alumnos y alumnas que se formaron en estas aulas.

Guardé las horas de matemáticas, de lengua, de historia y de ciencias..., de todos los que han sido y son profesionales en cada uno de sus campos de conocimiento.

Apunté cuántos de nosotros le debemos lo que hoy somos a este colegio y a las personas que fueron en su día nuestros maestros, aunque en el tiempo escolar no supiéramos apreciarlo.

Subrayé con boli rojo los valores del respeto a las normas, más allá de salirse del margen, y puse en mayúsculas la necesidad de potenciar en nuestros días el esfuerzo y el gusto por el trabajo bien hecho.

Cuantos médicos, pintores, abogados, fontaneros, carpinteros y un largo etc... jugaron en el patio o como era tradición subieron a escondidas por la puertecita o treparon por la ventana del pasillo de secundaria para subir al campanario. Cuantos locos pequeños aprendieron sus primeros números, sus primeras letras, su primera canción....

Cuantos han salido de entre estas paredes hechos hombres y mujeres de provecho, cuantos triunfaron en la vida de manera profesional, o mejor aún, siendo buenas personas. Cuántos de ellos, de los que aún están en las aulas formaran familias, viajaran por el mundo, contarán historias inolvidables y darán ejemplo de su paso por el Colegio Divina Pastora.

En mi mochila también está mi estuche, ese que normalmente traían los Reyes tras un primer trimestre de cole para reponer lo perdido; ese del que podías sacar un poco de todo, en el que a muy seguro algún boli había derramado la tinta y que era como la chistera de un mago:

Ahí estaba mi goma de borrar, casi siempre de las Milán, esas que el día que se partían por primera vez te enfadabas contigo mismo, esa con la que borrábamos los errores de escritura y de dibujo.

Esa con la que podemos borrar los errores cometidos, los errores que nos enseñan, los que nos hablan del beneficio del fracaso para prosperar y para superarse. Esas equivocaciones cometidas que te hacen conocerte como persona, que saben de tus limitaciones y de tus éxitos. Esa goma que borra visualmente los fallos más humanos: la falta de compromiso, el "todo vale", la pasividad ante lo importante y la ansiedad por tener y no por ser.

Esa goma con la que también podemos borrar las decisiones desafortunadas de 100 años de vida y pedir perdón por aquello que no se hizo de manera correcta.

Si no se entiende así, como una forma de autoanálisis y de oportunidad para construir y para corregir, ese borrón solo ocultará lo que los ojos pueden ver y no fortalecerá a nuestro colegio en el futuro.

También hay dos o tres sacapuntas de esos de plástico de los que la mayoría de las veces se quedaban atrancados, con los que aprovechabas el momento para levantarte del sitio aunque no hiciera falta afinar el lápiz.

Ese sacapuntas que favorece la crítica fácil, la lengua larga de juzga sin saber, que crucifica o ensalza al alumno o a la persona para siempre, esa "chulería" del padre que pone en duda al profesor delante del hijo, esa falta de escrúpulos a la hora de opinar de lo que no sabemos, de cuestionar el trabajo del maestro como si fuésemos capaces de hacerlo mejor que él.

Y aunque en principio tenía mis ceras y rotuladores en sus cajas de doce colores, ordenadas de claro a oscuro, ahora están revueltas en el estuche en un batiburrillo multicolor que me habla de lo especial e irrepetible de cada uno de los alumnos, de esos que son como nuestros hijos durante gran parte de su vida.

Y en estos tiempos en que el sistema educativo da bandazos a unos y otros colores políticos, hay que pensar en una escuela que aproveche los dones de nuestros alumnos; que potencie al que tenga cualidades musicales, que haga agricultor al que le encante el campo, así formaremos a personas felices en sus trabajos, iqué más da si hacen una carrera universitaria o son carpinteros, herreros, peluqueros, etc...! lo importante es sentirse realizado como persona y disfrutar con la labor que uno ejercerá en su vida.

Muchos de nosotros: los maestros, pensamos que tenemos el trabajo más bonito del mundo, el de formar a los hombres y mujeres del mañana. Y así es, pero por ello no está exento de enormes dificultades, de miles de batallas, de cientos de niños diferentes cada uno con su personalidad, con sus ritmos y con sus emociones... Todos ellos con sus días difíciles, cambiantes y multicolores.

De esos que como las ceras en el estuche se mezclan en el patio; de esos que tienen luz blanca: que se interesan por saber, que traen la alegría a clase. De los que aportan tranquilidad como el azul contribuyendo a una buena conversación o aportando serenidad a veces en climas algo violentos. Los que como el amarillo irradian luz brillante y sobresalen en sus formas, en su saber hacer, en sus respuestas... de los que como el rojo traen la travesura, la gracia, la calidez.... Los que piensan en verde y son naturales, frescos, y sin artificios.

Los que se sumergen en tonos marrones y grises, y los que están en la oscuridad del negro, todos ellos esperando recibir una pincelada de color que los saque del desánimo, del desorden, del pasotismo, del aburrimiento en que se encuentran.

Ellos más que ningunos son los niños de María Ana: los del Amor y Sacrificio, los de la entrega, los de la escucha... ellos son y deben ser el reto más grande de los maestros y maestras de hoy.

De mi mochila también saco mi bocata, ese que en invierno de manera disimulada coloco en el radiador para que esté calentito a la hora del recreo. Ese del que a veces me quejo porque mi madre volvió a hacerlo de lo que no me gusta, pero que lleva untado el cariño más sincero, el del amor de una madre por su hijo.

Esas madres y ya por suerte, padres, que cuidan y miman a los suyos, pero que no deben de perder el norte en educar en el valor de las cosas, en el respeto y en el saber estar.

Evitemos ser padres que se desentienden o que caen en el popular: "yo quiero dar a mis hijos lo que yo no tuve" malcriando y haciendo de ellos verdaderos dictadores en casa: esos que exigen y que se merecen todo, incluso sin hacer su trabajo en el colegio.

Eduquemos en la responsabilidad, en el esfuerzo, en la superación personal siempre en comunión con el cole, fortalezcamos relaciones para que la educación de nuestros hijos sea una misión conjunta y compartida. Regalemos a nuestro hijos más tiempo para disfrutar y menos móviles para entretener, regalemos más dialogo y más oportunidades para resolver sus dificultades y curiosidades en un mundo lleno de ruido donde viven muchos de nuestros alumnos en silencio.

Quando presientas, Señora,
la amenaza de algún daño
o se disgregue el rebaño
en la más incierta hora,
no olvides que eres Pastora
de los sueños de la vida.

Dale redil y guarida
al alma que en Ti confía.
Que si de Ti se extravía
sola queda, y aturdida.

Si el rebaño desespera
señala con tu mirada
la vereda, la cañada,
el manantial, la ribera.

Y al llegar la primavera
con el dedo levantado
señala el lugar del prado
donde al alma se le alcanza
el pasto de la esperanza
y el descanso tan soñado.

Señala Tú los caminos
y la vereda sencilla.
Pues no hay mejor maravilla
que saberte a Ti, Señora,
eternamente Pastora
en el redil de esta villa.

Siempre, siempre, en las tapas del cuaderno o dentro del clasificador, pegaba alguna estampa de las devociones del pueblo, esas a las que uno se aferraba en momentos difíciles de exámenes o de lecciones no muy bien aprendidas. Esas primeras fotografías que inicialmente ponen imagen a lo religioso, al sentir popular, a las creencias heredadas y transmitidas.

Es la fe y la ideología por lo que nuestro centro se distingue de cualquier otro. Es la misión de aquellas Franciscanas que en el año de 1917 llegaron a un Villa del Río con demasiadas deficiencias culturales y religiosas. Es la apuesta de vida de las Hermanas de la Divina Pastora en un proyecto que será perdurable en el tiempo a pesar de que a muy seguro no verán el resultado.

Es la siembra continua, que como en la parábola, cae en tierra fértil, entre los espinos o en los pedregales. La incansable tarea de cultivar, podar, regar y mimar la cosecha. La perseverante labor dentro y fuera de las aulas; de educar, de rezar, de asistir a los que nada tienen, de llevar la comunión y la sonrisa a los enfermos o a aquellos que están solos.

Es la vida entendida desde la alegría de la Fe, la caridad verdadera, el corazón dispuesto y siempre una mano generosa tendida al necesitado.

Es la entrega por entero al pueblo de Villa del Río desde la cercanía y la humildad de Francisco.

Entrega de todas aquellas que obedeciendo sus normas marcharon a llevar el mensaje a otros lugares después de haber realizado su labor callada y discreta en nuestro pueblo: Madre

Balbina, Benilde, Mari Luz, Elisa, Josefa, Florencia, Florentina, Trini, Pilar Diez, y muchas otras, a lo largo de cien años de peregrinar.

Y la consagración de aquellas que se aferraron al cayado hasta el final de su existencia en la tierra: de Madre Esperanza, Dolores, Soledad, Socorro, Sagrario, Elvira, Amalia, Teresita y tantas que asomadas a los balcones del cielo participaran de la alegría de la fiesta su cole y de su comunidad.

Y gozando de la Resurrección eterna, de la presencia del Divino Pastor sonreirán presentes en la luz del Hermano sol, en la suave brisa del hermano viento, en la belleza de las flores que los alumnos ofrendarán a la Virgen y que adornan el caminar de la Pastora camino a la Parroquia.

Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.
Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.
Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.
Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.
Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.
Que allá donde hay duda, yo ponga la Fe.
Que allá donde desesperación, yo ponga la esperanza.
Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.
Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.
Oh Señor, que yo no busque tanto
ser consolado, cuanto consolar,
ser comprendido, cuanto comprender,
ser amado, cuanto amar.
Porque es dándose como se recibe,
es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra a sí mismo,
es perdonando, como se es perdonado,
es muriendo como se resucita a la vida eterna.

En mi carpeta guardo además algún examen; antes podías llevarlos a casa y enseñarlos, no había plataforma, ni internet, ni mensaje que avisara a los padres de los deberes del día. ¡Cuánto ha evolucionado todo!, ¡En cuantos aspectos se ha progresado en el centro para hacerlo actual y moderno!

También está mi agenda y en ella las anotaciones de lo más importante... de las fechas de entrega de trabajos, de reuniones, de tutorías... esas en las que se hablaba de como marchabas en el cole cara a cara con el tutor, de lo que había que mejorar, de los aciertos, de la actitud...

Y por ello hoy no puedo pasar la oportunidad de pedir a la Curia General que apueste por nuestro Colegio, que haga todo lo posible por mantener la presencia de la comunidad en esta "Gala del Betís", que no olvide a nuestro centro, muy pequeño si lo comparamos con otros de la misma Congregación; al que como al hijo menor hay que mimar y cuidar.

Hago un llamamiento a luchar, a hacer que crezca, a invertir al fin y al cabo en las familias que creen en el ideal religioso, que se han educado en él y que quieren para sus hijos una formación integral en valores, en conocimientos al estilo inconfundible de Francisco y María Ana.

No puedo acabar este pregón sin decir que nuestro pueblo no sería el mismo sin las Franciscanas, no cabe lugar a pensar en él sin el sonar de las campanas de cada domingo, sin el chiquillerío esperando a entrar en las aulas, sin el devenir diario de carritos cargados de libros que traquetean por la acera, sin el tumulto de madres que esperan a sus hijos, sin la historia personal de cada alumno/a en el pasillo o en la clase, sin el enfado de maestro cuando las cosas no salen como quiere, sin las trastadas de los chavales que van haciéndose mayores. Sin la visita de los pequeños al oratorio o a la Capilla, sin los nervios de la excursión o del teatro de fin de curso, o sin la carta de los amigos de Tablada.

No sería sin el mes de Mayo dedicado a la Virgen, sin ofrenda, sin el coro de los campanilleros, sin la antigua novena a San Francisco, sin las niñas de los años 60 y 70 vestidas de

hábito en su comunión, sin el día del deporte con los aros de flores blancos y rosas, sin los encuentros de zona, sin la misa de Navidad cantada por las madres, sin las pañoletas azules, sin la procesión de la Divina Pastora, sin tantos y tantos momentos del pasado y del presente que ya son irrepetibles.

En definitiva, Villa del Río no sería Villa del Río sin la formación incansable de las Franciscanas durante un siglo en beneficio de la dignidad de las personas.

Solo quedan unos minutos para que suene el timbre, se acabó la jornada de clase; toca recoger y guardar en mi mochila: mis libros, mi estuche, mis ceras, mis recuerdos, mis vivencias y la inmensa alegría de este cumpleaños de la Comunidad de Religiosas Franciscanas en Villa del Río.

Divina Pastora del cielo,
Señora de amor Franciscano
entrega a Dios por entero,
primera oración en los labios.

Cayado firme y certero,
espejo fiel de María Ana,
que por montes y caminos
y por tierras de besana
anunció el mejor mensaje:
que no hay amor sin sacrificio,
ni caridad que dé más calma,
que como dijo el buen Francisco,
y como manda la Palabra,
nos amemos unos a otros,
y atendamos sus desgracias,
y en un canto al Dios Bueno
siempre digno de alabanza
demostramos gracias cada día
cuando el sol de la mañana
nos regala nuevas horas,
nuevas metas y esperanzas.

Rostro mojl y sereno
que custodias este rebaño
y aunque sean cien los años
que este pueblo te venera,
no nos dejes Madre buena,
sigue siendo nuestro amparo
no apartes de aquí a tus siervas
y acrecienta lo sembrado,
pues vendrán tiempos confusos,
de victorias y fracasos.

E intercede por nosotros,
ante el Padre Dios amado,
y a su Hijo el Pastorcillo
cuéntale en dulce regazo
que por siempre y para siempre,
ni tormentas, ni tornados
arrancarán de nuestra historia,
de este pueblo nacarado,
que sus calles y sus gentes
serán siempre franciscanos.

He dicho.

¡Viva la Divina Pastora!
¡Viva San Francisco!
¡Viva la Comunidad de Franciscanas!